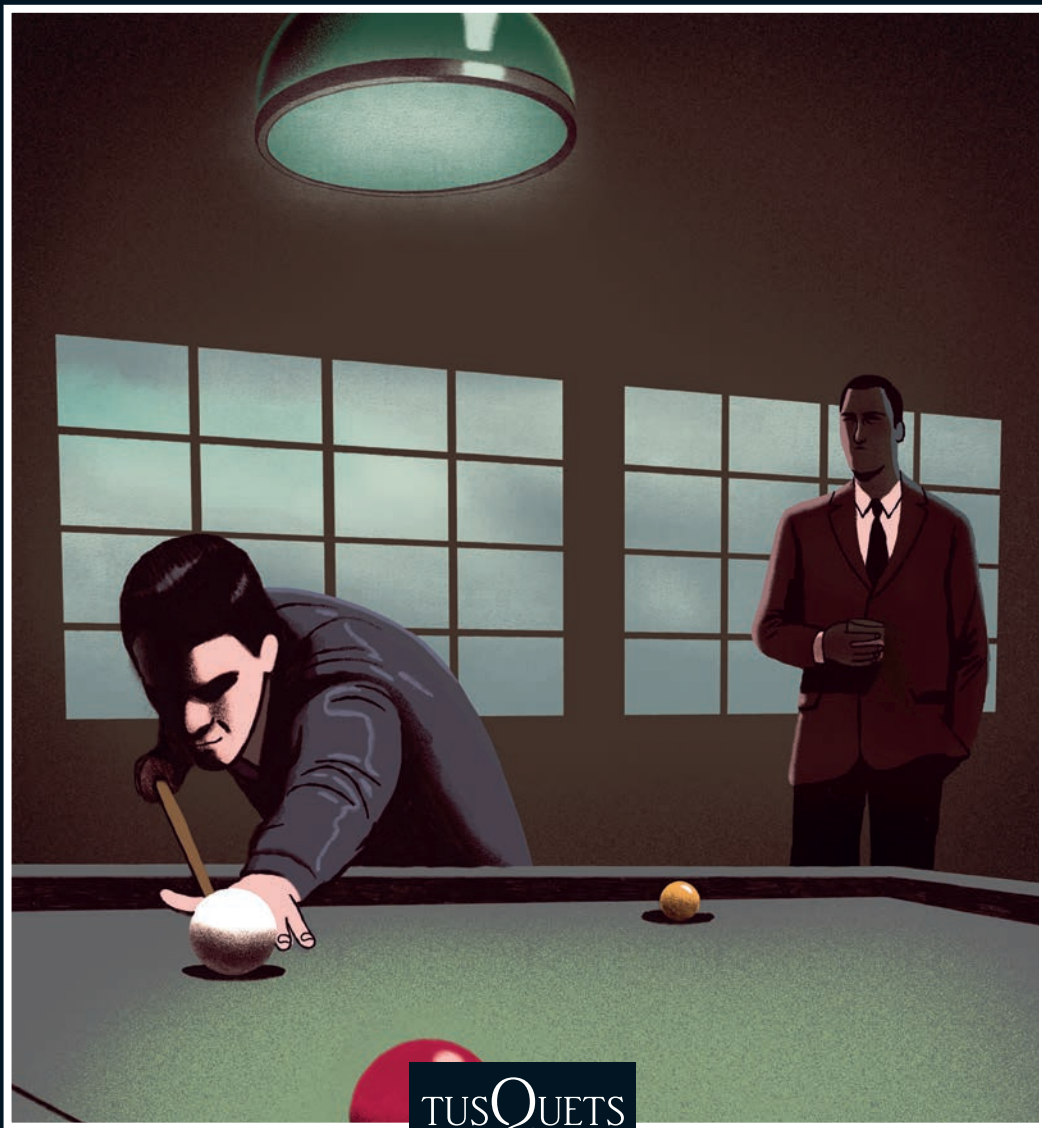


Friedrich Dürrenmatt

JUSTICIA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

FRIEDRICH DÜRRENMATT
JUSTICIA

Traducción de Juan José del Solar

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Justiz*

1.ª edición en esta presentación: noviembre de 2021

© 1986 by Diogenes Verlag AG. Zürich. Todos los derechos reservados

© de la traducción: Juan José del Solar, 1986. Traducción realizada a partir de la segunda edición alemana revisada por el autor

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-045-4

Depósito legal: B. 15.984-2021

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI, Black Print

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Primera parte	11
Segunda parte	111
Tercera parte.....	215
Nota final	253

Primera parte

Es cierto: escribo este informe por amor al orden, impulsado por cierta pedantería escrupulosa, a fin de que conste en acta. Quiero obligarme a revisar una vez más los acontecimientos que provocaron la absolución de un asesino y la muerte de un inocente. Una vez más quiero examinar los pasos que fui inducido a dar, las medidas que tomé, las posibilidades que se descartaron. Una vez más quiero sondear con detenimiento las posibilidades de éxito que acaso aún le queden a la Justicia. Sin embargo, escribo este informe sobre todo porque tengo tiempo, mucho tiempo, dos meses como mínimo. Acabo de volver del aeropuerto (los bares que aún haya podido recorrer no cuentan, mi estado actual también carece de importancia; estoy como una cuba, pero mañana volveré a estar sobrio). Cuando salté de mi Volkswagen con el revólver sin el seguro puesto, el gigantesco aparato empezaba ya a elevarse en el cielo nocturno con el doctor *honoris causa*, el señor Isaak Kohler, a bordo, aullando, rugiendo, rumbo a Australia. Volver a telefonearme fue una de sus jugadas maestras,

probablemente el viejo conocía mis intenciones. Y todos saben que no tengo dinero para viajar tras él.

No me queda, pues, más remedio que esperar a que regrese algún día, en junio tal vez, o en julio, esperar, emborracharme alguna que otra vez, o más a menudo, según mi estado financiero, y escribir, la única actividad que aún resulta idónea para un abogado total e irremisiblemente arruinado. En una cosa se engaña, sin embargo, el consejero cantonal: el tiempo no remediará su delito, ni mi espera lo mitigará, ni mi embriaguez lo extinguirá, ni mi escritura lo disculpará. Al exponer la verdad, iré grabándola en mi memoria y me pondré yo mismo en condiciones de ejecutar algún día —en junio, como ya he dicho, o en julio o cuando él regrese (seguro que regresará)—, de ejecutar conscientemente —poco importa que esté sobrio o borracho—, lo que ahora solo he querido llevar a cabo en estado pasional. Este informe no es solo la fundamentación, sino también la preparación de un asesinato. De un asesinato justo.

De nuevo sobrio en mi gabinete de trabajo: la justicia no podrá restablecerse sino a través de otro crimen. Que a continuación tenga que suicidarme resulta inevitable. Con ello no quiero eludir responsabilidades, al contrario, solo así podré justificar mi acción, si no desde un punto de vista jurídico, sí al menos desde una perspectiva humana. Estoy en posesión de la verdad y no puedo probarla. Me faltan testigos del momento decisivo. Tras mi suicidio será más fácil que me crean, incluso sin testigos. No me encamino hacia la muerte como un científico que se inmola en aras del

saber, experimentando con su propia persona. Muero porque considero mi caso liquidado.

Lugar de los hechos: desempeña un papel ya mucho antes. El Du Théâtre es, con su fachada rococó, uno de los pocos edificios famosos de nuestra ciudad, irremediablemente arruinada por la política urbanística. El restaurante está distribuido en tres pisos, cosa que no todos saben, pues mucha gente solo conoce dos. Durante las interminables mañanas —todo el mundo madrugando en nuestra ciudad— pueden verse, en la planta baja, estudiantes soñolientos, pero también hombres de negocios que suelen quedarse hasta pasado el mediodía; más tarde, después del café con kirsch, se hace el silencio, las camareras se tornan invisibles, y solo hacia las cuatro empiezan a llegar maestros exhaustos o toman asiento cansados funcionarios. El gran público irrumpe más bien a la hora de cenar, y luego, pasadas las diez y media, acuden también junto a políticos, ejecutivos y financieros, otros representantes de las profesiones liberales y liberalísimas, así como extranjeros ligeramente asustados, pues nuestra ciudad disfruta dándose aires internacionales. En el primer piso todo va adquiriendo una refinadísima hediondez. Es la expresión adecuada: en los dos salones bajos, empapelados de rojo, reina un calor tropical y, sin embargo, soportable, las damas lucen vestidos de noche, los caballeros suelen ir de esmoquin. El aire se impregna de sudor, perfumes y, sobre todo, del olor de las especialidades culinarias de nuestra ciudad, escalopa de terne-

ra con *Rösti** etc... La gente se da cita aquí (en lo esencial, el mismo tipo de público de la planta baja, solo que vestido de etiqueta) después de los estrenos y de los grandes negocios, no para maquinar nuevas estafas, sino para celebrar las ya perpetradas. Arriba, en el segundo piso, vuelve a cambiar el carácter del Du Théâtre. Uno percibe, asombrado, atisbos de disipación. Campea la desenvoltura. Los salones, altos y luminosos, se asemejan más a los de una taberna barata: sillas de madera ordinarias, manteles de cuadros en las mesas, posavasos por doquier, al lado mismo de la escalera un cabaret semivacío con prestidigitadores mediocres y números de *strip-tease* todavía más mediocres. En el salón se juega a las cartas y al billar. Allí se sientan los comerciantes de frutas y verduras de nuestra ciudad, los ingenieros contratistas y los propietarios de grandes almacenes, los dueños de talleres de coches importantes y los técnicos en demolición, y a menudo se pasan horas y horas; las apuestas son fabulosas y en torno a ellos se agrupan los mirones, tipos estrafalarios e impenetrables, pero también aguardan unas cuantas prostitutas, tres o cuatro, siempre en la misma mesa junto a la ventana; son algo más que toleradas, forman parte del decorado y cobran poco. Relativamente. La gente rica de verdad cuida de sus céntimos.

Cuando me encontré por primera vez con el consejero cantonal, yo acababa de pasar el examen de Estado, escribir mi tesis y obtener el doctorado y la cole-

* Especie de tortilla prensada, a base de patatas, que constituye uno de los platos nacionales suizos. (*N. del T.*)

giatura de abogado, pero aún trabajaba, al igual que durante mi etapa estudiantil, como pasante de pluma en el bufete de Stüssi-Leupin. La fama de este había rebasado ampliamente las fronteras de nuestro país gracias a las sentencias absolutorias que obtuvo en los juicios por homicidio de los hermanos Ätti, Rosa Pick, Deubelbeiss y Amsler, y al acuerdo que consiguió entre la Sociedad Anónima de Auxilios Mutuos Trög y los Estados Unidos (muy ventajoso para la Trög). Yo tenía que llevarle a Stüssi-Leupin, al Du Théâtre, un dictamen sobre uno de esos casos dudosos que solo a él podían gustarle. Encontré al abogado estrella en el segundo piso, junto a una de las mesas de billar, donde acababa de jugar una partida con el consejero cantonal; en la otra mesa jugaban el «doctor» Benno y el profesor Winter, y solo ahora, al escribir este informe, caigo en la cuenta de que en aquella ocasión estaban allí reunidos los protagonistas de la acción ulterior: como en la escena preliminar de una obra de teatro. Fuera hacía frío —noviembre o diciembre, sería fácil comprobar la fecha exacta—, yo estaba aterido, pues tenía por costumbre no llevar nunca abrigo y había tenido que aparcar mi Volkswagen a varias calles del Du Théâtre.

—Tómese un grog, jovencito —me dijo el consejero cantonal.

Me examinó con atención y le hizo una seña al camarero. Obedecí maquinalmente; después de todo, tenía que esperar instrucciones de Stüssi-Leupin, que se había apartado con el dictamen y lo estaba hojeando, sentado a una de las mesas. A la entrada del salón jugaban los comerciantes de verduras, oscuras siluetas

ante el ventanal de la fachada. De la calle llegaba el rumor apagado del tranvía. El consejero cantonal siguió observándome de forma descarada, sin disimular su mirada. Debía de rondar los setenta. Era el único que no se había quitado la americana, ni siquiera sudaba. Al final me presenté, intuyendo estar frente a una personalidad de relieve, aunque no podía recordar su nombre.

—¿Pariente del coronel Spät? —me preguntó sin mencionar su nombre propio, ya fuera porque no le concedía valor alguno, o porque suponía que yo lo sabía. (El coronel Spät: un agricultor marcial, actualmente consejero federal. Exige armas atómicas.)

—Difícilmente —respondí.

(Y para liquidar este punto de una vez por todas: nací en 1930. No conocí a mi madre, Anna Spät, y soy hijo de padre desconocido. Me crie en un orfanato del que guardo muy gratos recuerdos, sobre todo del enorme bosque con el que colindaba. La dirección y el profesorado eran excelentes, y mi adolescencia fue feliz; no siempre es una ventaja tener padres. Mi desgracia empezó con el señor Isaak Kohler; antes tuve, es verdad, dificultades, pero mi situación no era desesperada.)

—¿Quiere usted ser socio de Stüssi-Leupin? —me preguntó.

Lo miré con asombro.

—No me lo planteo.

—Él tiene un gran concepto de usted.

—Hasta ahora no me lo ha hecho apreciar.

—Stüssi-Leupin nunca permite que los demás aprecien nada —replicó el viejo, con voz áspera.

—Fallo suyo —repuse despreocupadamente—. Yo quiero independizarme.

—Será difícil.

—Es posible.

El viejo se rio.

—Se llevará más de una sorpresa. En nuestro país no es fácil abrirse camino solo. ¿Juega usted al billar? —me preguntó luego a bocajarro.

Dije que no.

—Un fallo —me replicó, al tiempo que volvía a observarme, pensativo, con sus grises ojos llenos de asombro, aunque sin sorna, según me pareció, sin humor y con dureza, y me condujo a la segunda mesa, donde estaban jugando el «doctor» Benno y el profesor Winter.

Ambos me resultaban conocidos, el profesor por la universidad —era rector cuando me matriculé—, y el «doctor» Benno por la vida nocturna de nuestra ciudad, que entonces solo se prolongaba hasta la medianoche, aunque no sin intensidad. No tenía una profesión definida. Había sido campeón olímpico de esgrima en una ocasión —razón por la cual le llamaban «Heinz el Olímpico»— y, en otra, campeón de Suiza de tiro al blanco, y seguía siendo un conocido jugador de golf; durante una época dirigió una galería de arte que no resultó rentable. Según decían, ahora se dedicaba sobre todo a administrar fortunas.

Saludé, y ellos inclinaron la cabeza.

—Winter es un eterno principiante —dijo el señor Kohler.

Yo me reí.

—¿Acaso es usted un maestro?

—Sin duda —respondió tranquilamente—. El billar es mi pasión. Deme usted el taco, profesor, va a fallar esta tacada.

El profesor Adolf Winter le dio el taco de billar. Era un sesentón macizo, aunque de estatura más bien baja, con una calva brillante, gafas doradas y una gran barba negra con mechones blancos, muy cuidada, que él solía alisarse con gesto digno; iba siempre impecablemente vestido, con ropa convencional, mas no exenta de refinamiento: uno de esos charlatanes humanísticos que pueblan nuestra universidad; miembro del Pen Club y de la Fundación Usteri, autor del mamotreto en dos tomos *Carl Spitteler y Hesíodo, o Suiza y la Hélade. Estudio comparativo*, Artemis, 1940 (en mi condición de jurista, la Facultad de Filosofía siempre me ha crispado los nervios).

El consejero cantonal frotó con cuidado la suela del taco con tiza. Sus movimientos eran tranquilos y seguros, y por muy bruscas que parecieran sus frases, nada en él delataba arrogancia, solo eran gestos conscientes y serenos, todo evocaba poder e imperturbabilidad. Observó la mesa de billar con la cabeza ligeramente gacha, y luego dio una tacada con gesto rápido y decidido.

Seguí el recorrido de las bolas blancas, su rebote y brusco retroceso.

—*À la bande*. Así hay que golpear a Benno —opinó el consejero cantonal devolviéndole el taco al profesor Winter—. ¿Ha entendido, jovencito?

—No entiendo nada de estas cosas —respondí, y

me volví hacia el grog que el camarero había dejado en una mesita.

—Algún día lo entenderá —dijo riéndose el señor Isaak Kohler, cogió uno de los periódicos colgados de la pared y se alejó.

El crimen: lo que aconteció tres años después es bien sabido y puede contarse rápidamente (tampoco necesito estar sobrio del todo para hacerlo). El señor Isaak Kohler había renunciado a su cargo, aunque su partido quería proponerlo para consejero gubernamental (y no federal, como escribieron varios periódicos extranjeros); se había retirado de la política (llevaba ya tiempo sin ejercer la abogacía), administraba un trust del ladrillo que iba adquiriendo dimensiones cada vez más internacionales, todo sin gran esfuerzo, ocupaba la presidencia de varios consejos de administración, colaboraba también en una comisión de la Unesco, a veces desaparecía meses enteros de nuestra ciudad, hasta que un día de marzo, indebidamente primaveral, de 1955, acompañó al ministro inglés B. en un recorrido por nuestra ciudad. El ministro había venido por un asunto privado, le habían tratado una úlcera gástrica en una clínica privada, y ese día, sentado junto al exconsejero cantonal en el Rolls-Royce de este, dejaba a regañadientes que le mostraran la ciudad antes de volver por vía aérea a su país; durante cuatro semanas se había negado firmemente a que se la enseñaran, pero al final succumbió; miraba bostezando todos los monumentos que desfilaban uno tras otro ante él, después de la Es-

cuela Técnica Superior, la universidad y la catedral, románica (el consejero cantonal suministraba palabras clave); el río temblaba bajo una suave brisa (el sol se ponía), y el paseo estaba lleno de gente. El ministro cabeceaba, con el sabor todavía en los labios de los incontables purés de patata y los mueslis del doctor Bircher que había tomado en la clínica privada, mientras empezaba a soñar ya con whisky puro y oía la voz del consejero cantonal como si le llegara de muy lejos, y el ruido de los vehículos como un rumor todavía más lejano; un cansancio plúmbeo se había apoderado de él, y quizás también el presentimiento de que las úlceras gástricas no eran, después de todo, tan inofensivas.

—*Just a moment* —dijo el señor Isaak Kohler, y ordenó al chófer Franz que se detuviera frente al Du Théâtre. Se bajó, y tras indicarle que esperase un minuto, aún señaló con el paraguas la fachada *eighteenth century*, pero el ministro B. ya no reaccionó, sino que siguió adormilado y soñando.

El consejero cantonal se dirigió al restaurante y entró en el gran comedor por la puerta giratoria, donde el jefe de personal le saludó de forma respetuosa. Serían las siete, las mesas ya estaban todas ocupadas, la gente empezaba a cenar, murmullo de voces, chasquido de lenguas, tintineo de cubiertos. El exconsejero cantonal miró a su alrededor, luego avanzó hacia el centro del comedor, donde el profesor Winter, sentado a una mesita, estaba dando cuenta de un turnedó Rossini y una botella de Chambertin; el exconsejero sacó un revólver y disparó al miembro del Pen Club, no sin antes haberlo saludado cordialmente (en general, todo se

desarrolló con gran dignidad); luego pasó, muy sereno, junto al jefe de personal, que, rígido y mudo, lo miró con ojos desorbitados, y ante varias camareras confundidas y aterradas salió por la puerta giratoria al suave atardecer de marzo, volvió a subir al Rolls-Royce, se sentó junto al adormilado ministro que no había advertido nada —ni siquiera que el coche se había detenido— y que, como ya hemos dicho, cabeceaba y soñaba ora con whisky, ora con asuntos de política (la crisis de Suez acabaría alejándolo definitivamente de su cargo), ora con cierta premonición relacionada con las úlceras gástricas (la semana pasada apareció en los periódicos la noticia de su muerte, comentada solo brevemente, y muchos no reprodujeron su apellido con la debida escrupulosidad ortográfica).

—Al aeropuerto, Franz —ordenó el señor Isaak Kohler.

El interludio de su detención: imposible contarlo sin cierto placer malévolos. A unas cuantas mesas del asesinado estaba cenando el comandante de nuestra policía cantonal con su viejo amigo Mock, un escultor que, sordo y ensimismado, no se percató en absoluto, ni siquiera al cabo de un rato, de lo que había ocurrido. Ambos estaban comiendo un *pot-au-feu*, Mock contento, y el comandante, al que no le gustaba el Du Théâtre y solo raras veces comía allí, de mal humor. Nada satisfacía su gusto: el caldo de carne estaba demasiado frío; el fricandó, demasiado duro; los arándanos, demasiado dulces. Cuando sonó el disparo, el comandan-

te no alzó la mirada; es muy posible, al menos es lo que cuentan, pues en ese preciso instante estaba chupando diestramente la médula de un hueso; pero luego se levantó, volcando incluso una silla que, como buen custodio del orden, volvió a poner sobre sus cuatro patas. Cuando llegó junto a Winter, este yacía de bruces sobre su turnedó Rossini y aún aferraba en una mano la copa de Chambertin.

—¿No era Kohler el que acaba de irse? —preguntó el comandante al desvalido administrador, que lo miraba con ojos desorbitados y el rostro pálido y demudado.

—En efecto, así es —murmuró.

El comandante contempló pensativo al germanista asesinado, luego bajó los ojos, sombrío, hacia la fuente con el *Rösti* y las judías verdes y deslizó su mirada por el plato hondo con la lechuga tierna, los tomates y los rábanos.

—Ya no hay nada que hacer —dijo.

—En efecto, así es.

Los comensales, que en un primer momento parecían hechizados, se habían puesto en pie. Detrás de la barra, el cocinero y el personal de la cocina observaban fijamente la escena. Solo Mock seguía comiendo tranquilamente. Un hombre muy flaco avanzó abriéndose paso.

—Soy médico.

—No lo toque —ordenó el comandante con voz calma—, primero tenemos que fotografiarlo.

El médico se inclinó hacia el profesor, pero cumplió la orden.

—Efectivamente —comprobó—. Está muerto.

—Así es —respondió el comandante con toda tranquilidad—. Vuelva usted a su mesa. —Luego cogió la botella de Chambertin de la mesa—. Queda requisada —dijo, y se la entregó al administrador.

—De acuerdo, así se hará —murmuró este.

Acto seguido, el comandante fue a llamar por teléfono.

Cuando volvió, el fiscal Jämmerlin ya estaba junto al cadáver. Llevaba un elegante traje oscuro. Se disponía a asistir a un concierto sinfónico en la Tonhalle y acababa de comerse una tortilla *flambée* de postre en el restaurante francés del primer piso, cuando oyó el disparo. Jämmerlin era impopular. Todo el mundo deseaba ardientemente que lo jubilaran, las prostitutas y su competencia del otro bando, los ladrones y atracadores, los apoderados desleales, los hombres de negocios en dificultades, pero también el aparato judicial, desde la policía hasta los abogados, e incluso sus colegas le volvían la espalda. Todos hacían chistes sobre él: no era de extrañar, decían, que la situación en la ciudad fuera más calamitosa que nunca desde que tenían a un hombre cuyo apellido, Jämmerlin, evocaba literalmente a *Jammer* (calamidad), y los asuntos judiciales no podían ser más desastrosos, etc. El fiscal estaba perdido, su autoridad había sido minada hacía tiempo, los jurados se oponían cada vez con más frecuencia a sus instancias, al igual que los jueces, y tenía al comandante por el principal causante de sus padecimientos, que, según decían, consideraba a la denominada parte criminal de nuestra población como la más valiosa. Jämmerlin era,

sin embargo, un jurista de gran estilo que no siempre se llevaba la peor parte, sus alegatos y réplicas eran temidos, y su intransigencia imponía respeto, por más odiada que fuese. Representaba al clásico fiscal de la vieja escuela, para el que cada sentencia absolutoria era una ofensa personal, que se mostraba injusto tanto con los pobres como con los ricos, soltero, al que no le tentaba nada y que nunca había tocado a una mujer. En el ámbito profesional sus peores inconvenientes. Los delincuentes eran para él algo incomprensible, realmente satánico, que le provocaba una ira digna del Antiguo Testamento; era un remanente de cierta moralidad inflexible, pero también incorruptible, un bloque errático perdido en el «marasmo de un aparato judicial que lo perdona todo», según solía expresar en un tono tan enfático como enconado. En aquel momento también estaba particularmente conmovido, tanto más cuanto que conocía de forma personal al asesino y al asesinado.

—Comandante —exclamó indignado, con la servilleta aún en la mano—, se afirma que el doctor Isaak Kohler ha cometido este crimen.

—Así es —respondió el comandante, malhumorado.

—¡Pero esto es sencillamente imposible!

—Kohler debe de haberse vuelto loco —contestó el comandante, mientras se sentaba en la silla que había junto al muerto y se encendía uno de sus sempiternos puros Bahianos.

El fiscal se secó la frente con la servilleta, cogió una silla de la mesa vecina y se sentó a su vez, de modo

que el gigantesco muerto quedó de bruces encima de su plato, entre los dos sólidos y gruesos funcionarios. Así esperaron. Silencio sepulcral en el restaurante. Nadie siguió comiendo. Todos tenían los ojos clavados en el fantasmagórico grupo. Solo hubo un momento de confusión cuando una asociación estudiantil hizo su entrada en el recinto y se apoderó de él cantando; en un principio no entendió la situación, siguió cantando a voz en grito, y luego enmudeció, confundida. Por último llegó el teniente Herren con la plana mayor de la brigada de homicidios. Un policía hizo fotos, un médico forense permaneció de pie a un lado sin saber qué hacer, y un fiscal de distrito que los acompañaba se disculpó ante Jämmerlin por haber venido. Órdenes y disposiciones en voz baja. Luego levantaron el cadáver —salsa en la cara, hígado de ganso y judías verdes en la barba—, lo instalaron en una camilla y lo llevaron a la ambulancia. Las gafas doradas sin montura las descubrió Ella en el *Rösti* en el momento en que le permitieron recoger la mesa. El fiscal de distrito procedió luego a tomar declaración a los primeros testigos.

Posible diálogo I: cuando las camareras empezaron a reanimarse y los clientes fueron sentándose poco a poco y algo vacilantes, cuando algunos de ellos comenzaron a comer de nuevo y se presentaron también los primeros periodistas, el fiscal se retiró a hablar con el comandante a una despensa junto a la cocina, adonde los habían llevado. Quería estar un momento a solas con

el comandante, sin testigos. Había que organizar y celebrar un verdadero juicio final. El breve diálogo junto a esos estantes repletos de panes, latas de conserva, botellas de aceite y sacos de harina fue bastante desafortunado. Además de la exposición de los hechos ante el Parlamento, que el comandante hizo más tarde, el fiscal exigió la intervención masiva de la policía.

—¿Para qué? —objetó el comandante—. Los que actúan como Kohler no intentan huir. Podremos detener tranquilamente al hombre en su casa.

Jämmerlin se mostró enérgico.

—Espero que trate usted a Kohler como a cualquier otro delincuente.

El comandante guardó silencio.

—Ese hombre es uno de los ciudadanos más ricos y conocidos de la ciudad —prosiguió Jämmerlin—. Es nuestro deber sagrado —una de sus expresiones favoritas— proceder con la máxima severidad. Hemos de evitar cualquier sospecha de que lo estamos favoreciendo.

—Es nuestro deber sagrado evitar gastos inútiles —replicó tranquilamente el comandante.

—¿No damos la alarma general?

—¡Ni pensarlo!

El fiscal clavó la mirada en la cortadora de pan que tenía al lado.

—Usted es amigo de Kohler —dijo por último, en un tono ni siquiera malévolo, sino frío y rutinario—. ¿No considera posible que, dadas las circunstancias, su objetividad pueda verse mermada?

Silencio.

—El teniente Herren —respondió el comandante con tranquilidad— se hará cargo del caso Kohler.

Y así surgió el escándalo.

Herren era un hombre de acción y ambicioso, de ahí que actuara de forma precipitada. En pocos minutos consiguió alarmar no solo a toda la policía, sino también a la población, haciendo transmitir por radio, antes del noticiario de las siete y media, un comunicado especial de la policía cantonal. La maquinaria funcionó a toda marcha. Encontraron la villa de Kohler vacía (era viudo; su hija, azafata de Swissair, estaba de servicio y la cocinera se había ido al cine). Dedujeron intenciones de fuga. Los coches patrulla empezaron a rastrear las calles, se informó a los puestos fronterizos y se avisó a la policía extranjera. Desde una perspectiva puramente técnica, todo esto era muy loable, pero no tuvieron en cuenta la posibilidad que el comandante había barruntado: estaban buscando a un hombre que no intentaba fugarse. Pero la desgracia ya había ocurrido cuando, poco después de las ocho, llegó del aeropuerto la noticia de que Kohler había acompañado a un ministro inglés hasta el avión y había vuelto luego tranquilamente a la ciudad en su Rolls-Royce. Esta noticia afectó con particular intensidad al fiscal, que, llamado por el enérgico funcionamiento de la maquinaria estatal y contento por su victoria sobre el odiado comandante, se disponía a escuchar la obertura de *El rapto en el serrallo* de Mozart y, acariciándose la recién cortada barba gris, se había arrellanado plácidamente

en su asiento. Mondschein había alzado ya la batuta cuando el buscado señor Kohler, a quien la policía perseguía con los medios más modernos, hizo su entrada en compañía de una de las viudas más ricas y también más despistadas de nuestra ciudad, y avanzó por el pasillo central de la gran sala de la Tonhalle, entre las compactas filas de espectadores, tranquilo y seguro como siempre, con una expresión de total inocencia, como si nada hubiera ocurrido, se sentó junto a Jämmerlin e incluso estrechó la mano del perplejo fiscal. La agitación, el cuchicheo, pero lamentablemente también las risitas ahogadas, eran considerables; la obertura distó mucho de salir bien, porque la orquesta también había advertido el incidente —un oboísta hasta se levantó impulsado por la curiosidad y Mondschein tuvo que empezar dos veces—, y el fiscal estaba tan confundido que no solo permaneció como petrificado en su butaca durante la obertura de Mozart, sino también durante toda la obra siguiente: el *Concierto para piano y orquesta n.º 2* de Johannes Brahms. Cierto es que al final entendió la situación, cuando el pianista ya había empezado, pero no se atrevió a interrumpir a Brahms —su respeto por la cultura era demasiado grande—; intuyó, con gran pesar, que debería haber intervenido, pero ya era demasiado tarde y siguió así hasta el intermedio. Entonces actuó. Se abrió paso a través de la multitud que, curiosa, rodeaba al consejero cantonal, corrió hasta las cabinas telefónicas, tuvo que regresar para pedirle monedas a una encargada del guardarropa, llamó a la comisaría, encontró a Herren y puso en marcha una gran dotación policial. Kohler, en cam-

bio, se hizo el que nada sabía, invitó, en el bar, a champán a la viuda y encima tuvo la bochornosa suerte de que la segunda parte del concierto comenzara momentos antes de que llegase la policía. Así pues, Jämmerlin tuvo que esperar con Herren ante las puertas cerradas; dentro estaban tocando la *Séptima* de Bruckner, infinita. El fiscal iba de un lado a otro haciendo ruido con los pies y las acomodadoras tuvieron que llamarlo al orden varias veces; en general, fue tratado como un bárbaro. Maldijo todo el romanticismo, maldijo a Bruckner, aún estaban en el *adagio*, y cuando por fin empezaron los aplausos —también interminables— tras el cuarto movimiento, y el público salió en tropel al aire libre por el paso que formaba el cordón policial, el señor Kohler brilló por su ausencia. Había desaparecido. El comandante lo había invitado a subir a su coche por la entrada de los artistas y se había ido con él a la comisaría.

Posible diálogo II: en la comisaría, el comandante llevó al señor Kohler a su despacho. Durante el viaje no habían intercambiado una palabra, y ahora el comandante lo precedía por el pasillo vacío y mal iluminado. Al llegar a la oficina, le señaló en silencio uno de los cómodos sillones de cuero, cerró las puertas con cerrojo y se quitó la americana.

—Ponte cómodo —dijo.

—Gracias, ya estoy cómodo —respondió el consejero cantonal, que se había sentado.

El comandante colocó dos copas en la mesa, entre

los dos sillones, sacó una botella de vino tinto del armario —«el Chambertin de Winter», explicó—, lo sirvió; luego también se sentó, fijó un instante la mirada en el vacío y empezó a secarse de manera cuidadosa el sudor de la frente y de la nuca con su pañuelo.

—Querido Isaak —empezó finalmente—, dime por lo que más quieras ¿qué te llevó a disparar contra ese burro viejo?

—Te refieres a... —replicó el consejero cantonal con voz vacilante.

—¿Eres en verdad consciente de lo que has hecho? —le interrumpió el comandante.

El otro bebió indolentemente un trago y no respondió enseguida, sino que observó al comandante un tanto asombrado, pero también con cierto aire burlón.

—Por supuesto —dijo luego—. Claro que soy consciente.

—Entonces, ¿por qué has matado a Winter?

—Ah, pues... —respondió el consejero cantonal, y pareció pensar en algo, pero luego añadió riéndose—: pues porque sí. No está mal.

—¿Qué es lo que no está mal?

—Todo.

El comandante no sabía qué responder, estaba confuso y enfadado. El asesino, en cambio, estaba de excelente humor, se rio a solas varias veces y, de forma incomprensible, parecía divertirse.

—Pues bien, ¿por qué has asesinado al profesor? —volvió a preguntar el comandante en tono incisivo y obstinado, mientras se secaba de nuevo el sudor de la nuca y de la frente.

—No tengo ningún motivo —confesó el consejero cantonal.

El comandante clavó en él una mirada de asombro, creyendo que no había oído bien, luego vació su copa de Chambertin, volvió a llenarla y derramó un poco de vino.

—¿Ningún motivo?

—Ninguno.

—Pero esto es absurdo, ¡algún motivo has de tener!
—exclamó el comandante con impaciencia—. ¡Es absurdo!

—Te ruego que cumplas con tu deber —dijo Kohler, y apuró cuidadosamente su copa.

—Mi deber es detenerte —explicó el comandante.

—Así es.

El comandante estaba desesperado. Le gustaba la claridad en todo orden de cosas. Era un hombre lúcido. Un crimen era para él un accidente sobre el que no emitía juicio moral alguno. Pero como custodio del orden, le hacía falta un motivo. Un crimen sin motivo no era para él un atentado contra la moral, sino contra la lógica. Y eso no cabía en su cabeza.

—Lo mejor será que te interne en el manicomio para que te observen —comentó furioso—. Es imposible que pretendas haber matado sin motivo.

—Soy del todo normal —replicó Kohler, impasible.

—¿Quieres que llame a Stüssi-Leupin? —propuso el comandante.

—¿Para qué?

—Necesitas un defensor, hombre de Dios. El mejor que tengamos, y Stüssi-Leupin es el mejor.